

ÓRGANO LOCAL DEL PARTIDO

Año I | Redacción y Administración: Canalejas, 152 - 1.º | Ferrol, 8 de Junio de 1935 | Se publica los sábados. No se devuelven los originales | Núm. 5

EDITORIAL

La defensa nacional y la crisis de trabajo en nuestros Astilleros

Para un pueblo como el nuestro, el proyecto de Ley leído en el Congreso de los Diputados en la sesión del miércoles último por el señor Ministro de Marina, no puede ciertamente ser más confortador, en estos momentos de crisis latente en que se hallan sumidos estos arsenales.

Ahora bien: si como ferrolanos tenemos que congratularnos por lo que se refiere a la atenuación de la crisis de trabajo en nuestra ciudad, como españoles estamos obligados a sentirnos esperanzados y optimistas en cuanto ello respecta a nuestro inicial resurgimiento nacional como potencia. Dígalo sino el preámbulo del mencionado proyecto de Ley.

En cuanto a la crisis de trabajo en nuestros astilleros, conviene señalar la importancia del artículo primero del Proyecto en cuestión.

"Se autoriza al Ministro de Marina—dice—previo acuerdo del Consejo de Ministros, para realizar directamente con la Sociedad Española de Construcción Naval, al amparo de sus contratos con el Estado, la construcción en la zona industrial del arsenal de Ferrol, de dos buques minadores de dos mil toneladas, dentro de la valoración estimada para los mismos en el proyecto de Ley de 6 de marzo de 1935 y adaptándose a las características y condiciones que oportunamente fueron difinidas por el Estado Mayor de la Armada para los dos minadores que se construirán en la aludida zona con arreglo a la Ley de 27 de marzo de 1934."

Este artículo primero del Proyecto de Ley leído en el Congreso por el señor Ministro de Marina, tiene forzosamente que producir en nosotros satisfacción, por considerarlo orientado debidamente en cuanto respecta a la crisis de trabajo en nuestra ciudad.

Sin embargo, aun teniendo en cuenta nuestras exiguas posibilidades económicas, hubiéramos deseado que la defensa de nuestra nacionalidad se incrementara activamente y se acelerara en lo posible—y no por egoísmo localista simplemente—sino y aun antes bien, por el supremo interés de la Patria, sobre todo, en estos gravísimos y delicados momentos porque atraviesa Europa y el Mundo, con la paz internacional amenazada por posibles conflictos internacionales; situación que de día a día adquiere más alarmantes peligros, y la cual nos obliga a estar preparados para hacer frente convenientemente a cualquiera eventualidad que pueda surgir en el terreno movedizo y volcánico de las relaciones internacionales entre los Estados.

Como auspicio de futuras construcciones en el orden a que nos venimos refiriendo, no podemos menos de congratularnos de esta decisión del Poder público, pero como españoles, antes—muchísimo antes que como ferrolanos—hubiéramos deseado ver encauzado el problema de la defensa nacional de manera más acelerada y decidida que al presente.

Esperamos—no sin fundamentos—que este nuestro deseo tenga realidad en plazo corto, por exigirlo así la soberanía y la independencia de la Nación, y el prestigio y la historia gloriosa de la Patria.

EL PARO OBRERO

Actualmente, una ponencia integrada por tres ministros está estudiando esta grave cuestión nacional, viendo la mejor y más rápida forma de resolverla llevando paz y pan a muchos hogares necesitados de ello.

Ya era hora, que, una vez fuera del primer plano la cuestión del orden público, hubiese un gobierno impuesto de su deber que atacara a fondo el problema del paro obrero, que, además de constituir un acerbo y doloroso cuadro de miseria y hambre, representa una inquietud para el país. Ya era hora de que así ocurriera para sentirnos gobernados y mirar con optimismo el futuro...

Ahora bien; nunca faltan los eternos detractores, que, unas veces abiertamente y otras bajo la capa de buenos propósitos hagan de pescadores sin cañar el río revuelto. Tal sucede, cuando aún no se ha puesto en práctica el proyecto de referencia al paro. Apenas lanzado a la publicidad, la prensa partidista se ocupa en desmenuzarlo y componerlo al arbitrio caprichoso de cada sector, como si el hambre supiera de largas esperas y se la hubiera de acallar con trámites burocráticos de reformas más o menos acertadas.

Y no es por ahí el camino más adecuado para resolver el problema que demanda urgencia. Con eso sólo se consigue entorpecer, dificultar y hacer política con el hambre. Perniciosa política que ha sido durante muchos años el baldón oprobioso de España. Proceder reprobable y antihumano, de los que solo piensan en sí y para sí...

"Hágase el milagro y no importa el santo". Esta debe ser la consigna. Dar trabajo, acallar el hambre y llevar tranquilidad a muchos hogares españoles hoy sumidos en negra desesperación... Hacer el milagro, sin pararse a mirar ni proclamar el santo que lo hace, que eso sí que es hacer patria y tener buenos sentimientos.

J. Albadalejo AGUILERA.

PALIQUE

UN RETRATO

Vamos a ver si acertamos a hacerlo. Es de un hombre que no se confunde con ningún semejante. Tiene garras de tigre, hiel de hiena y el aguijón de la víbora. Donde posa sus plantas nace una flor pletórica de espinas que despide un *aroma* nauseabundo, trastorna los sentidos y envenena la sangre. Si la flor se acerca a la cara la deja en el mismo estado que si acabara de padecer de las viruelas.

En España le conocemos todos porque todos le hemos padecido. Apareció en escena un poco antes de venir la República. En las farmacias tenían noticias de su existencia por la gran cantidad de tóxicos que les ofrecían subrepticiamente. Nadie sabía de él como hombre de ideas avanzadas. Estaba afiliado al Partido reformista porque el Jefe era hombre de talento, y donde lo hay, algo se pega; pero cuando vió que la República se nos echaba encima, se "hizo" republicano para situarse bien. De prisa y corriendo organizó un Partido con algunos afines en ideas y sentimientos, gentes que habían recibido las caricias de su aguijón venenoso; y erguido sobre aquel pedestal, tuvo la audacia de Judas Iscariote, formando "Alianza" con el hombre más preclaro dentro del ideal republicano, con el hombre cuyo nombre ha hecho más prosélitos, y dado más honor al ideal de la República, que malas intenciones han bullido en la mente de todos los Judas.

Después... ¡ah!, Después supo conducirse como quien era. Tenía en su magín el grato sabor del recuerdo de que Judas había vendido a Cristo, y no quiso ser menos que él. El genio del mal se cobija en su cerebro, en su espíritu y en su alma (si es que la tiene), y ciego de ambición, orgulloso de su arrogante y esbelta figura, sabedor de' imán seductor de su rostro para conquistar el voto femenino, y manso, como un reptil en pleno letargo, no puso reparo, y se dejó seducir por el canto de las sirenas socialistas para que aceptara la Presidencia del Gobierno. Judas entra ya en acción.

El juego era de altura de miras en ambos parlamentarios. Un golpe certero a la personalidad más saliente y más indicada para gobernar a España, malhiriéndole, y relegándole a un lugar secundario y un descubrimiento ante la nación dormida, presentándose como el estadista más grande que conocieron los siglos.

¿Qué iban perdiendo los dos postores? Ellos nada, absolutamente nada. Cada cual iba a lo suyo. El uno a encumbrarse: los otros a quitar de el medio al hombre que constituía un estorbo para sus fines. Y dejándose querer en estrecho maridaje quisieron gobernar a España, sin tino y sin pulso, sembrando odios a granel, ahuyentando el capital, matando las industrias, sembrando el pánico entre los gobernados, enviando "a dar un paseíto de recreo" a Villa Cisneros a unos adversarios políticos deleitándose en escuchar que era muy práctico "disparar a la barriga", escribiendo páginas luctuosas como las de Casas Viejas, complaciéndose en anunciar que habían de ver crecer la hierba en las calles de Ferrol; y dividiendo a España en dos bandos, quizás con el propósito de repartírsela amigablemente para disfrutarla.

El hombre cumbre se equivocó. Le mató la soberbia. La bilis le nubló la vista. El veneno, por mucho que tenía, se le agotó cuando también a los españoles se les había agotado la paciencia de soportarle. Y desde entonces su lengua escupe y babea el odio que nuevamente ha ido elaborando, lanzando espumarajos envenenados contra los que no son como él, y dando zarpazos a diestro y siniestro, zarpazos que, de rechazo, hieren su propia piel.

Endiosado, como todos los grandes "estadistas", no adula a nadie y, si admite la unión circunstancial con sus afines políticos, no es porque él los precise, sino porque los quiere utilizar para matar a un hombre que estuvo con él en Valencia hace cuatro años, y que ahora, cuando él creía que debía estar muerto, resulta que vive y gobierna a España, restañando las heridas que la serpiente y sus corifeos causaron cuando ellos gobernaban y qque les enseña a saber como se gobierna.

Más aún: el odio de los caídos de esos bravos que dicen contar con la opinión española, que no sé porque los abandonó en Noviembre del año 33; ese odio, que los lanzó a ensangrentar las calles de varias provincias, a matar a diestro y siniestro seres humanos, a derrumbar edificios, a segar vidas inocentes: ese odio, que fomentó, más de lo que ya estaba, el separatismo en Cataluña, y que no pudo impedir que la fiera se ocultara prudente y medrosa, igual que un huroncillo, detrás de una puerta, se lanzaron a un movimiento revolucionario, no para salvar la República española, sino para entronizar la que ellos han dicho a voz en grito que quieren para sí. Y para eso mataron, para eso derribaron edificios; para eso, y para nada; para salir ahora diciendo que todos son unos inocentes, y que lo que hicieron los que lo hicieron solo fué por pasar el rato. Y ni hubo fusilamientos, ni robos, ni actos vandálicos. Solo hubo rasgos de patriotismo, que los demás no sabemos apreciar porque somos idiotas.

La fiera si que supo apreciarlos escondida como el ratón. Y ahora que está en reposo, escupe y babea por entre sus dientes ralos diciendo a los valencianos que "ese otro hombre" no podría presentarse allí a decir lo que había hecho de la República. Claro está que "ese hombre" no irá, ahora al menos pero si fuera, iría a decir lo que había hecho de la República ese "estadista" incomparable, ese Judas moderno, que habiendo tenido en sus manos el Gobierno de una República fácil, entregada sin resistencia, traída por todos, por laicos y religiosos, por republicanos y monárquicos, por curas y frailes, por militares y paisanos por todos los españoles, hartos de un rey abúlico, y diría que hubiendo podido hacer de la República una escuela de enseñanza, una casa del bienestar, un paraíso para todos, había hecho una casa de locos, un infierno, una tierra sembrada de odio, con una plaga de langosta que cuesta mucho trabajo y muchos sudores estirpar. Le diría que en vez de haber creado amor en derredor de la República no había conseguido más que hacerla odiada y odiosa, y que la que había de ser espejo de gobierno político no era más que un hervidero de pasiones de difícil convivencia en común.

De esta "azaña" podría dar cuenta "ese hombre" aludido por la serpiente. Pero "ese hombre" tiene corazón, sentido común y sabe gobernar, cosa que no supo hacer la "serpiente" que ha ido a depositar su baba en el hermoso vergel valenciano. Por eso no irá, como era bien que fuese a desenmascarar a los hipócritas y fariseos que, en los momentos de peligro tienen el valor de esconderse como hacen los... "valientes".

Máximino RODRIGUEZ.

PASEANDO

Si fuera quien mandara y pudiese.....

Ordenaría que los puestos cerrados que existen en el Mercado Central—nave de legumbres—fuesen desalojados de cestas, cajas, esteras, pajas y demás efectos allí almacenados, con beneficio acaso de alguna persona y en gran parte para las ratas y otros animalitos insignificantes que se crían en todo sitio donde hay suciedad y que luego más tarde invadirán el mercado haciendo guerra a la higiene.

Después de desalojados, lavar bien tales puestos y calearlos y buscaba quien los ocupase. ¿Cómo? Muy fácilmente; desglosando la nave central de la mayor parte de los puestos de fruta, de los de las hortalizas y legumbres, es decir: que el que vendiese éstas, no podría estar en esta nave, o viceversa, según el número de vendedores.

Aunque sé que habría protestas por parte de los modestos comerciantes que se dedican a este negocio, tengo la seguridad que no tardarían mucho tiempo en ver el beneficio que les reportaría la medida.

No permitiría que se realquilasen, ni tampoco acaparar los puestos (como dicen lo hacen ahora) y al enterarme, automaticamente, quedaría rescindido el compromiso o contrato que hubiese. Tampoco permitiría que ningún señor y menos un empleado, cediese los puestos a su gusto y antojo.

* * *

Haría un pequeño recargo de 0'25 pesetas a las entradas de la plaza de toros y haría entrega de esta recaudación a la Cruz Roja para los gastos de el Dispensario antituberculoso local.

El donativo es insignificante si se ve la labor silenciosa de este nunca bien ponderado Instituto y no creo que hubiese ciudadano que negase su óbolo para combatir este terrible mal.

Así los que se recrean en este espectáculo sabrían que al mismo tiempo aliviaban a los menesterosos y hacían la mejor obra patriótica, —combatir la enfermedad de los blancos—el azote de la tuberculosis.

¡Animo señores de la comisión! La idea es vuestra.

GIL

Revolucionarios frente a la reacción, conservadores frente a la anarquía.—RUIZ ZORRILLA.

A propósito de un decreto

Bandera y patriotismo

Rojo, amarillo y morado. Estos son los tres simbólicos colores de la enseña patria, de la bandera de España, de la bandera de la República.

No fuertes—ni interesados siquiera—en conocer cuestiones de heráldica, no entraremos a discutir sobre la oportunidad de plantear el mantener estos o aquellos colores en la bandera. Nuestro propósito es muy otro, muy distinto y singularizado y tiene su raigambre en algo que es consubstancial con nuestra propia individualidad por razones de nacimiento e incorporación, en plena adolescencia, en las falanges juveniles republicanas en lucha por los ideales.

Los que por razones étnicas hemos venido al mundo y vivido los más intensos y puros momentos espirituales de nuestra vida, en regiones en las que brotó la planta del separatismo (no confundido con el noble sentimiento regionalista, que compartimos) que luego desarrolló y extendió alarmantemente, en épocas idas, en las que el vibrar del alma joven exteriorizaba sus más caros anhelos en exaltaciones propias de la edad moza, que terminaban casi siempre con "¡vivas!" y "¡mueras!", no podemos olvidar, de aquellos tiempos de temple, gallardía, sinceridad y entusiasmo, lo que para ambos bandos representaban sus respectivas banderas que flameadas al viento con sus hirientes colores parecían impelernos al combate y que a la salida del mitin, en la romería y en las propias calles del pueblo o de la ciudad, procurábamos arrancarlas como trofeo conquistado de manos del adversario para romperlas o quemarlas cual si de verdaderos trofeos de guerra se tratara.

Aquellos "vivas" y "mueras" que enardecían la sangre, eran síntesis de pasión devocionada, —tal vez fanatismo—que por serlo, en cualquiera de las calificaciones que quiera atribuírsele, entrañaba honrada exaltación que partía del fondo del alma y que arrastrábamos hasta la pelea, la agresión y, algunas de las veces tristemente, con consecuencias luctuosas, con inmolación de vidas ofrendadas en holocausto a la Idea, en actos de traducción disparatada, asaz, salvaje; pero íntima y honradamente preñada de sinceridad.

Ofrendas y entregas generosas cuando nada del triunfo las ambiciones personales apetecían; cuando del sacrificio no se guardaba ninguna material compensación cuando aquella abnegación no suponía posesión de letras a cobrar a plazo más o menos próximo cuando en el horizonte patrio no se procuraba columbrar otro objetivo que el desinteresado y altruista de implantar la República en España.

Y aquellos vítores, y aquellos mueras, al conjuro de las banderas respectivas, representaban sólo una cosa: españolismo y separatismo.

* * *

Tales tiempos corresponden al pretérito. Bien idos, aun cuando no fueran por otra cosa que por ver desaparecido de España para siempre el régimen estatal que lo precariaba.

De aquel pasado, de aquellas jornadas que el alma inflamaban, daban fuego al corazón, al cerebro luces y energía al músculo, corresponde aquella espiritualidad exaltada, traducida en los excesos recordados, que tenían por punto cardinal la visión de un cambio de panorama en los destinos de la Nación, cuyas ansias confiábamos verlas traducidas en un radical cambio de sistema de gobierno. En la abrogación del régimen monárquico, substituyéndolo por uno nuevo, republicano, de justicias y democracia.

En nuestras propagandas, en nuestras cruzadas por pueblos, villas y aldeas, el simbolismo de la Causa, el ansiado trastrueque de sistema, la encarnación de la Idea llevábamosla tras el flamear del tricolor distintivo, que, con nuestra fe poníamos en aquellas banderas que seguíamos con entusiasmo, en aquellos botones que colocábamos en el ojal de la chaqueta o la blusa; en aquellas escarapelas que exornaban el gorro frigio que tocabamos nustra cabeza en los actos de propaganda a los que acudíamos acompañando a nuestros caudillos.

Aquella bandera tricolor, a cuyo conjuro nos manifestábamos antaño, es hoy, la enseña efectiva de la patria nuestra. Sin respetarla y honorificarla, como atributo superior dentro de la conjunción de los atributos representativos de cualquier región que sea, o de cualquier obstentación política que públicamente haya de manifestarse supone menoscabo agraviante para aquella y, a eso tiende la disposición reciente dimanada de quien puede y hace bien en imponerla, reglamentando el uso de banderas.

Dice el decreto del ministro de la Gobernación relativo al uso de banderas "La nacional consagrada en el artículo primero de la Constitución de la República, es el único y supremo símbolo del Estado y en respeto a su jerarquía y al pensamiento de Patria, ha de presidir y tutelar la exhibición de otras banderas que, como las representativas de las regiones, provincias o localidades son ostentación lícita y constitucional de sentimientos no sólo amparados por el Estado, sino integrados por él.

Por otra parte, además del exceso ya desconcertante, con que usan las banderas algunas agrupaciones de carácter político y social que han adoptado como evidente signo combativo, como expresión de su ideología, para afirmar su desafección a la República y para proclamar sus propósitos de subversión del orden, cuando no de destrucción del régimen social existente, son estas banderas de lucha de desafío, de provocación al desorden que no pueden gozar de la consideración de lícitas y que, al herir arraigados sentimientos públicos, originan, por el sólo hecho de exhibirse, la protesta y la perturbación a que se refiere el Código penal."

Al determinar el cumplimiento de la disposición dice en su artículo 1.º:

"En los edificios públicos y en las de los corporaciones o asociaciones de carácter oficial, cuando ondeen las banderas regionales provinciales o locales o las particulares de otras entidades, junto a ellas tendrá que aparecer siempre con preeminencia, de lugar y tamaño, la bandera de la República."

Al evocar de los tiempos a que se contraen estas cuartillas el fervor con que amabamos y defendíamos los ideales de Patria y República, parécenos sentir en lo profundo del alma el calor que producen los rescoldos de un fuego aun no apagado, que nos mueve a sentir el placer de la añoranza de cuando éramos jóvenes y a los sones vibrantes y alentadores de nuestros himnos vitoreábamos a España republicana al conjuro de la tricolor enseña, de la que eran portadoras bellas matronas de nuestra pasada juventud—que, como nosotros van también para viejas—y que como nosotros no han conseguido tampoco ver logrado todavía el triunfo de aquella República ideal con que soñabamos todos.

HERACLIO.

Apostillas

Los discursos de los señores Martínez Barrio y Casares Quiroga, pronunciados por ambos en Castellón y Segovia, respectivamente, tienen una parte significadísima que les es común. Nos referimos a las insinuaciones que el uno y el otro han hecho respecto de una hipotética maniobra, tramada por no sabemos que elementos políticos, y encaminada a instaurar en España una dictadura de tendencia derechista.

Aun cuando esto lo dijeron con las reservas del caso, el hecho es que insinuaciones tan gratuítas son de lo más peligroso para la moral civil de las gentes, y acusan, desde luego, una tendencia derrotista que no estamos dispuestos a dejar pasar sin nuestra protesta y sin el consiguiente comentario.

Para nosotros, republicanos radicales, hablar en estos momentos de dictaduras más o menos larvadas o más o menos efectivas, es un verdadero crimen de lesa patria Por ser ello, en primer lugar poco republicano, y, en segundo término, por ser asimismo poco patriótico.

A nadie que piense con un minimun de sentido común—libre de prejuicios partidistas—puede caberle en la cabeza semejante despropósito. La mayoria de los españoles tenemos descartadas tan descabelladas posibilidades dictatorialistas, aun cuando para algunos fantasiosos, las afirmaciones de los señores Martínez Barrio y Casares Quiroga, puedan dar lugar a lamentabilísimas creencias, prontas a traducirse en el más desmoralizador de los derrotismos.

Por nuestra parte, nos permitiremos asegurar que, hecho a un lado el efectismo mitinesco perseguido, apenas si más allá de las palabras ni al señor Martînez Barrio ni al señor Casares Quiroga, se les dá un ardite respecto de sus alarmantes aseveraciones.

* * *

Otra parte destacada que les es común a entrambos discursos es aquella que hace referencia a la necesidad e inmediata disolución de Cortes. Sin embargo, el señor Casares Quiroga, pretendiendo pasarse de listo, va mucho más allá del señor Martínez Barrio, llegando a contrarrestar su propia argumentación, al afirmar que la razón básica de la pervivencia de las actuales Cortes es la que ha dado un destacado político agrario—no sin fundamento creemos que el señor Caasres quiso señalar al señor Royo Villanova—al decir que si el Parlamento fuera disuelto, el Presidente de la República hubiera agotado su facultad constituciona' en orden a la disolución de Cortes y que, por lo tanto, las que fuesen elegidas se convertirían en una verdadera Convención. Y añade *"por eso hay que esperar a que el actual Parlamento decida ocuparse de la reforma constitucional y que al proponerla se autodisuelva".*

Para ese viaje, el señor Casares Quiroga, no debió necesitar alforjas, ni molestar la atención del auditorio que lo escuchó el domingo último en Segovia.

Nosotros—"pobres gusanillos de la tierra" que no hemos sido ministros de la República, ni muchisimo menos, ya hace tiempo hemos dicho lo que el señor Casares Quiroga dijo en Segovia—y eso que somos gubernamentales, o acaso por esto mismo—, mucho antes que él.

El fondo de EL RADICAL correspondiente al segundo número, se anticipó a la sapiencia política y a la trasnochada visión del hombre que negó a Galicia más de tres veces.

La libertad de pensamiento en la República

El domingo pasado fué un día señalado para la democracia española. El actual Gobierno de la República que preside nuestro ilustre caudillo Alejandro Lerroux, demostró una vez más, contrariamente a lo que por ahí propagan sus detractores, más o menos responsables, ser un verdadero gobierno democrático, celoso de las libertades públicas y, en particular de la libertad de pensamiento. En toda España, el pasado domingo los distintos partidos políticos manifestaron su opinión por boca de sus más autorizados representantes ,sin cortapisas ni rectricciones de género alguno, salvando, claro está, los fueros inalienables del Poder público.

Habló don Diego Martínez Barrio, en Castellón; en el Ateneo de Albacete el señor Albornoz; tres discursos políticos hizo en la provincia de Sevilla don Augusto Barcia; el señor Gordón Ordax habló en Cáceres; el señor Casares Quiroga en Segovia; don Eduardo Ortega y Gasset, en Valladolid; los socialistas celebraron dos mítines en Madrid, y por último los comunistas con la intervención del diputado don Cayetano Bolívar, celebraron otro en el "Monumental Cinema" de la capital de la República.

En todos estos mítines y en otros de menor cuantía celebrados el pasado domingo, el orden no fué alterado y los oradores tuvieron garantizada por la autoridad gubernativa la libertad de propaganda. Solamente en Novallas, en la provincia de Zaragoza, hubo que lamentar disturbios provocados por elementos intolerantes con el sentimiento y el pensamiento ajenos, lo que dió lugar a la intervención de la fuerza pública y a algunas lamentables desgracias.

Señalamos destacadamente esto para hacer comprender a las gentes que en España vivimos, afortunadamente, un régimen de libertades—contrariamente a lo que por esas calles pregonan media docena de irresponsables—, como ningún país del Mundo disfruta al presente.

Habló en España el pasado domingo, salvo los requisitos de rigor—¡lástima fuera!—, todo el que quiso hacerlo, sin distinción de matices políticos ni sociales. Y esto aunque haya quien trate aviesamente de ponerlo en duda, sobre ser cierto, tenemos que convenir en que no sucedió nunca durante el bienio ominoso. Y téngase en cuenta que al presente se viene liquidando con la mayor comprensión y mesura, una revolución como no se dió otra en Euorpa ni durante el transcurso del siglo pasado ni en lo que va de éste.

Si esto no es gobernar en liberal, venga Dios y lo vea. Jamás con un espíritu tan tolerante se gobernó la Nación, aun cuando esto no les quepa en el magín a quienes pretenden emular al sacristán de la zarzuela del maestro Caballero.

Opiniones

Sigue la fobia antilerrouxista con mayor injusticia y pasión, si cabe, que en otras épocas, ya que no es de ahora esta campaña inicua y sistemática, de la que es blanco Lerroux y su partido local, regional y nacionalmente, ni uno solo de los hombres del Partido Radical—que es Lerroux—escapa a la difamación y a la calumnia. De nada vale la actuación serena, abnegada y clarividente de Lerroux, pues sus acérrimos enemigos no le conceden una sola cualidad. ¡Cuan exacto es que la grandeza de alma hiere tanto como el talento! No hay manera de hacérsolo perdonar.

Por muy sombría que quieran pintar la figura de Lerroux sus encarnizados adversarios, el actual Presidente del Consejo de Ministros, será la más ilustre figura de la segunda República Española Lerroux quedará en la Historia como ejemplo luminoso de gobernantes republicanos y patriotas Las calumnias que contra él amontonan sus adversarios sirven para engrandecerle aun más, puesto que a los grajos les ha sido siempre imposible, no ya solo imitar, sino también detener el majestuoso vuelo del águila.

Cuando el ser republicano era, no solo un delito sino una solemne candidez, Lerroux, más que nadie, sembró la semilla de la República que produjo la cosecha magnífica del 14 de Abril; en la derrota republicana de Noviembre del 33, solo Lerroux impidió que la República fuera abatida y solo él no titubeó, en aras del régimen, en colaborar con antiguos adversarios, aun con la duda cruel de que su sacrificio fuera estéril y, también fué Lerroux [illegible] republicano que no [illegible] revolución antirrepublicana y antiespañola que desembocaría fatalmente en una dictadura o una restauración de no convertir a España en otros Balkanes.

Dirigiéndose a sus enemigos irreconciliables puede Lerroux decirles: Yo, que según lo que decís no tengo más que defectos y vicios he hecho más por la República y por España que todos vosotros que no poseeis más que cualidades y virtudes. Mi labor, no solo no la superais, sino que ni siquiera llegais a igualarla. Reflexionad sobre esto, si es que podéis hacerlo y cesad en vuestra ruín labor más nociva a vosotros que a mí.

Francisco Rodríguez Dopico.

«... No se puede negar el derecho de gentes, ni la condición de ciudadanos a los que no profesen nuestras ideas. La política a seguir tiene que ser de tolerancia, de contemporización, de comprensión y de respeto a la conciencia ajena. (Alejandro Lerroux. - Discurso de Santander, mes de Octubre 1931).

DE SERANTES

Todo el año es Carnaval

"La Libertad", de Serantes, órgano y "trampolín" de la pandilla del ex cabo del Somatén de Doniños y demás compañeros mártires del conglomerado azañista, —doce, y no bien avenidos compinches, pues más no suman—, en su último número, publica un artículo que lleva por título: "En defensa de nuestro prestigio", para justificar según su firmante, Guillermo Cabanas, su honorabilidad y la de sus amigos, honorabilidad que nadie por ahora tuvo la humorada de discutirles.

El articulito tiene toda la "buena intención" que nuestros lectores pueden suponer, y aunque lo firma el "ínclito" Cabanas—hombre de mucha cabeza y gran barajador de cifras—, nos huele a colaboración "orensana", apesar de lo cual no deja de adolecer de vicio de nulidad. Sin duda alguna no fué un afilador oriundo de la ciudad de las Burgas, el que se lo redactó, pero bien pudiera ser que fuera un abogado "de silveira", sin pleitos buenos que defender, antiguo compinche de Calvo Sotelo, y el cual hoy, por arte del tan socorrido arrivismo político, se pasó con armas y bagajes a la Izquierda local azañista, porque así, sin duda, conviene a sus intereses particulares.

A ese Presupuesto y al prestigio de que nos habla el gran Cabanas, hemos de contestar prontamente si las investigaciones que venimos persiguiendo responden a los hechos, cosa más que segura.

Pronto hemos de terminar con la carnavalada, y, como estamos hartos de oirlos, nuestra réplica adecuada (estén seguros), no se hará esperar. Por hoy bástele saber a' tal Guillermo Cabanas, que no es honrado, ni noble, ni digno, atribuir al Alcalde dichos y palabras que él no oyó. Y sepa, por últmo que somos los vecinos, y quienes lo eligieron, los llamados a proclamar si ella estuviera limpia y sin mácula, la honorabilidad de Cabanas y de sus amigos; pero también, tenga en cuenta y muy presente, que así mismo estamos dispuestos a decir muy alto y en letras de molde—grandes como sus zuecos—lo que no sea honorable, aunque no le guste al de Orense.

Espere, pues, el gran Cabanas y no "arrempuje" que pronto llegará el día...

No hay derecho

En uno y otro número del papelucho impropiamente titulado "La Libertad", de esta localidad, venimos observando la "fobia" desatada por los seudo azañistas, contra un modesto empleado del Concejo, que no hizo otra cosa que excederse siempre en el cumplimiento de su deber y, en la jornada de trabajo, cuando ellos mangoneaban, saliendo de su destino casi siempre (en verano lo mismo que en invierno) a altas horas de la noche; lo que venía haciendo a entera satisfacción—según la minoría socialista y de Izquierda Republicana que por entonces formaban la mayoria de la Corporación—de todos ellos.

Pero como no hay dicha que cien años dure, ni plazo que no se cumpla, ocurrió que el Secretario que nos tocó en suerte, tenia un ahijado en Rianjo, que, además, era el "cubre faltas" de sus andanzas políticas, al cual trajo para Serantes —¡como si aquí no tuviéramos, vecinos parados!—y tan buena maña se dió el "edecan" y tan bonísimos servicios de "vigilancia" prestó que ya colocado en el Ayuntamiento hubo de ser el preferido.

Saben—y por eso no somos más extensos—todos los vecinos de Serantes, que nos vimos obligados a pagar, por no contrariar al Secretario, desde que se le ocurrió traer de Rianjo a su ahijado, dos auxiliares cuando en presupuesto no había consignado más que para uno. Y por esto y porque al Secretario se le antojó hubo que despedir a los dos.. Pero cuando hizo falta un escribiente, en lugar de llamar al más antiguo, como sería lógico y justo, se llamó al "rianxeiro", ahijado susodicho del Secretario, Sr. Noguerol.

En esta ocasión no hubo términos municipales. ¿Qué extraño pues que el actual Concejo trate de colocar en su puesto al empleado preterido por los de izquierda y suplantado por un intruso?

UN VECINO.

En tanto el patriotismo de Lerroux se esfuerza en hacer republicanos para la República, hay muchos republicanos que se dedican a combatir y a conspirar contra Lerroux.

El mitin de Mestalla y D. Manuel Azaña

Alguien dijo—y dijo bien—que los discursos políticos de don Manuel Azaña, suelen ser a manera de discursos gaseosos, queriendo significar, sin duda, que son oraciones de mucho volumen pero de escasa densidad. El tan traído y llevado de Mestalla en la capital levantina, adolece, como ningún otro, de tan imperdonable defecto.

Casi tres horas seguidas estuvo perorando ante las multitudes reunidas en el stadium valenciano, el señor Azaña, y, a juzgar por la versión taquigráfica de su discurso, cuanto allí habló, podía, sin exageración, resumirse en media docena de cuartillas corrientes y aun sobraría papel.

Como en otras ocasiones, en ésta, don Manuel Azaña, hizo todo un discurso imprecatorio, pero nunca como en el mitin de Mestalla, al cual nos venimos refiriendo pronunció una oración de características negativas más acentuadas La parte ofensiva de su pieza oratoria, ocupó las tres cuartas partes del tiempo invertido y aun la cuarta parte restante adoleció del mismo repudiable defecto.

Nadie se libra, a lo que venimos viendo—y no sin dolor—, de las ofensas más o menos veladas del señor Azaña, cuando se le ocurre discursear. No ya solamente sus contrarios políticos—cosa al fin, sino justificada, disculpable—sí que ni tampoco las instituciones del Régimen ni las altas potestades que lo rigen.

Para todos—lo mismo para las personas que para las instituciones—tuvo algo que decir en Mestalla el señor Azaña. ¡Y de qué forma, y con que olímpico desprecio! Se diría que el señor Azaña solamente el señor Azaña, es el amo de los rayos, algo así como el Júpiter tonante de la segunda República. Sin embargo, todos sabemos que ello no es así. La estrella del señor Azaña si es que no se eclipsó totalmente, por lo menos há tiempo que no brilla en las altas esferas, por su propia culpa, sin duda, como consecuencia de sus gravísimos desaciertos políticos y de sus yerros gubernamentales.

Al hacer la disquisición de la etapa gubernamental y parlamentaria, que sucedió al resultado de las elecciones de noviembre del 33 el señor Azaña, pretendió un poco ingenuamente, hacer olvidar a las gentes que lo escucharon, la parte principalísima que le cupo en aquella nota política, por razón de sus irreparables yerros de gobernante nacidos de su temperamento excesivamente orgulloso y de su burocrática formación política.

D. Manuel Azaña no podía ser el Cánovas de la República, denominada a la ligera de trabajadores porque el señor Azaña al fin y a la postre tiene la mentalidad mesocrática del perfecto burócrata. Con las zapatillas de orillo y con los manguitos oficinescos, el señor Azaña no era el hombre llamado a modelar y estabilizar el Régimen El pudo haberlo creído un día y sus turiferarios de hoy pueden seguir creyéndolo, pero los actos de su Gobierno, durante el bienio famoso, han venido, en todo momento, pregonando lo contrario.

En lugar de cimentar y construir conforme a las buenas leyes de la arquitectura política, el señor Azaña, se dedicó en cuerpo y alma—como se dice vulgarmente—a demoler y pulverizar sistemáticamente, sin dársele un ardite de la edificación. Y, claro está, así tuvo que salir ello.

Hoy, desde la oposición, a don Manuel Azaña, le es fácil hablar y nunca mejor aplicado que aquí aquel apóstrofe de Pero Bermúdez a los Condes de Carrión que se lee en el poema del Cid "lengua sin manos"—y, con discursos como el de Valencia, continuar desportillando y destrozando la República, tal el caballo en la cacharrería; que el que siempre se dedicó a destruir bien puede seguir haciéndolo ahora, cuando fuera del Poder se halla. Pues hombre tan desmedidamente soberbio como el señor Azaña, jamás podrá concebir que la República deba subsistir sin él, y en consecuencia—como se desprende de su discurso de Valencia—antes ha de preferir que se hunda el Régimen a seguir separado y extrañado del Poder.

¡Harto lo sabemos!

Marco ANTONIO.

Imp. EL CORREO GALLEGO—10.104


Ateneo Ferrolán